

dad imprescindible de apelar á nueva designacion. Diéronse las mismas largas, sumáronse los mismos votos; y repitióse la misma reglamentacion y liturgia, dando idéntico resultado, es á saber, la unánime designacion del fundador de la Compañía para dirigirla y encabezarla. Aclamado de nuevo Loyola, no podía resistirse; pero siguiendo los hábitos, inveterados ya, de su vida y los instintos, propios de su complexion, aseguró que no podría, en modo alguno, aceptar, sino despues de haber oido la voz del confesor en los senos recónditos de la penitencia. Retiróse á San Pedro Montorio para prepararse á la iniciacion providencial y curtirse con el recuerdo de sus antiguos errores y vicios en la preparacion para el empleo de sus nuevas virtudes y el cumplimiento de sus escrupulosos deberes. Acostumbrado, desde su separacion del mundo, á las confesiones generales, nunca se confesó con tanta minuciosidad, como en aquel supremo instante. La calaveresca vida de sus mocedades, agravada por los escrúpulos de su madura edad, pasó desde la memoria como en relieve á los labios, y desde los labios del penitente á los oidos del confesor. Amores, pependencias, juramentos, palabras dadas y no cumplidas, hurtillos de la juventud en las rondas, canciones voluptuosas en las serenatas, golpes recibidos y dados, abandono frecuente de los altares y de los sacramentos, desacatos á la natural autoridad de los padres, tributos pagados á las flaquezas de la voluntad y á los ardores de la carne, todo se resumió en aquella confesion general para mostrar de propósito como quien así habia faltado en su vida pasada, no podia en su vida futura dar muchas prendas de seguridad para el cumplimiento de los deberes monásticos y la profesion de las verdades dogmáticas á la cabeza de una Compañía que llevaba por capitán y jefe al mismo Jesucristo. Pero el confesor, á pesar de la humildad de Ignacio, no quiso acceder á sus intentos, ni escuchar sus súplicas, y le declaró que resistirse á dos elecciones consecutivas y unánimes, era tanto como resistirse al espíritu divino y á sus órdenes incontrastables. Bajó Ignacio humildemente la cabeza y aceptó el ministerio que le confiaran los suyos, no sin haberse recogido antes en las alturas de San Pedro Montorio, donde todo le recordaba, sobre todo los monasterios y los monumentos, su patria natural, nuestra hermosa España. Sin duda quiso concentrarse allí en sus pensamientos y fortalecerse allí en sus propósitos, para ver si le quedaba todavía lazo que

desatar y nudo que romper entre su persona y el mundo. No le quedaba ninguno. Los ejercicios espirituales habian hecho de él una especie de sér abstracto y los séres abstractos no tienen patria. La carne se le habia diluido en las maceraciones; la rugosa piel se le habia pegado á los frios y yertos huesos; no veia con sus ojos profundos las cosas terrenales; el hervor de la sangre se le habia extinguido al soplo letal de la indiferencia; los nervios y los instintos se le habian sujetado á la suprema direccion del cerebro; y en este suicidio del cuerpo entraba tambien el suicidio del alma que sin ninguna sensibilidad ya, sin ningun pensamiento propio, sin ninguna energía espontánea, casi habia salido de él para petrificarse por bien triste manera en su obra gigantesca, en la terrible Compañía.

Empezó, pues, Ignacio á gobernar su comunidad, reunida ya en su casa propia, y situada dentro de Roma mismo. El día, que despues de haber bajado del Montorio é ido á gobernar, esperaban todos los suyos que distribuyese los oficios y cargos segun su grado, y se quedase como superior á todos en la mas alta y mas serena dignidad, cuál no seria el asombro de todos viendo que su prepósito y jefe, léjos de irse á los sitios mas respetados de la comunidad, y léjos de recabar las mas altas dignidades, recababa los mas bajos oficios. En efecto, el día primero de su mando, cogió el mandil y se lo ciñó al cuerpo; cogió la sotana y se la remangó hasta las rodillas; y desnudándose los brazos púsose á cocinar los manjares de la órden, y á fregar, despues de haber servido á la mesa, los platos de todos en signo de humildad, y en los oficios espirituales tambien escogió el mas sencillo y humilde. Remitió á los demás las grandes misas, las largas lecturas, los sermones de empeño, la frecuencia constante á la corte pontificia, los escritos y memorias, quedándose con la educacion de los párvulos que quisieran acudir á él como cualquier maestro de escuela. El Padre Rivadeneira cuenta que se producía de bárbaro modo en italiano, cuando pronunciaba á los niños, y despues á los grandes todos estos piadosos sermones. No habia palabra italiana que no estropeará, ni modo de decir que no desconociese, formando con su vasco, su castellano, su catalán mal aprendido, su francés echado á perder tal pisto que nadie alcanzaba bien aquella infernal y horrible algarabía. Deseoso el sabio discípulo de que se corrigiese y enmendase de algun modo su respetado maestro,

dirigióle tímidas observaciones sobre la extraña naturaleza de su caótico lenguaje. Ignacio admitió la indirecta reprehension escolástica con su natural humildad y rogó al discípulo en la órden, como gran maestro en las letras, que se tomase la molestia de corregirle y enmendarle para mayor fijeza y fruto por escrito. Hízolo así el Padre Rivadeneira. Fuése á un sermón de San Ignacio y lo tomó casi á vuela pluma, tal como lo habia dicho. Acabada la enojosa tarea encontróse con que no habia pronunciado á derechas una sola palabra. Naturalmente la ignorancia del hijodalgo vasco, la rudeza de su temperamento militar, la falta de ideas, la sobra de voluntad, sirviéronle para pegarse y adherirse, como nadie, á la fé antigua turbada en tantos espíritus superiores por el conocimiento profundísimo de la filosofía y de la historia.

¡Oh! La organizacion era el empeño superior de su vida. Para hacerla mas formidable no consentia consejo en quien mandaba ni mucho menos observacion y resistencia en quien obedecia. El Padre Francisco Javier se hallaba en Roma, y recibia órden de irse á las Indias orientales. Pues se iba tan sereno, como pudiera irse á cualquier pueblo de la vecindad. El Padre Simon deseaba, por ejemplo, acompañar á Francisco Javier en su viaje á las Indias; recibia órden superior de que se quedase aquí en Portugal, y se quedaba con toda resignacion. No menor obediencia ofrecian y practicaban los demás Padres jesuitas en cumplimiento de sus extraños estatutos. Salmeron y Broeth iban á correr toda suerte de peligros en Irlanda, expuestos á que los cruceros del rey Enrique los secuestraran; mientras Fabro iba por los mismos años á Germania, deseoso de combatir en la dieta de Worms, donde los protestantes acudian; deseoso, iba diciendo, como buen jesuita, de agotar todas sus fuerzas y esgrimir todas sus armas en defensa de la combatida y expugnada ortodoxia.

Tras estas asociaciones, vinieron los colegios, que instruyendo y educando sin tregua y sin término á los novicios, habian de asegurar la perennidad del jesuitismo. El rey Don Manuel de Portugal encontró los oficios de la órden, de tal suerte saludables á las Indias, que instituyó un seminario del cual pudieran salir jóvenes robustos y adiestrados á continuar la obra de las primeras misiones y de los primitivos misioneros. Coimbra vió el primero y mas antiguo de los colegios jesuíticos incorporado á su sabia universidad

por el rey Don Manuel. Ignacio envió á la nacion vecina los mejores y mas recientes discípulos de su tenaz enseñanza. Iban estos peregrinando á pié, vestidos con pobreza casi miserable, adscritos á lo que recogian de limosna y predicando segun la oportunidad por calles y por plazas. El mas flaco y menos andariego de todos les precedia para que no se quedase rezagado ninguno. Siguió al colegio de Coimbra el colegio de Goa instituido ya en los dominios asiáticos de Portugal, que pudo enviar misioneros al Japon y á la China, á Persia y á Etiopía. Bien es verdad que todas estas casas no eran sino escuelas de la grande y matriz establecida en Roma y habitada por el mismo San Ignacio hasta el fin de sus dias en persona. Pedro Codacio regaló á los jesuitas la parroquia de nuestra Señora de la Estrada, modesta, humilde, angosta, incapaz de contener la mucha gente que iba en demanda y requerimiento de instruccion y de paz. Con muchas trazas la extendieron y agrandaron, hasta que Alejandro Farnesio, cardenal y vice-canciller de la Iglesia romana, como protector de la Compañía, le dió un templo magnífico, si bien sellado con la marca de decadencia que llevaban ya en la segunda mitad del siglo décimo-sexto, las obras arquitectónicas en general y en particular y muy especialmente las obras jesuíticas. Fundadores los Farnesios del jesuitismo, puesto que Paulo III lo confirmó y estableció por sus bulas, debian naturalmente darle todas estas muestras de pródida proteccion desde los altos puestos religiosos y políticos en que los sostenia y amparaba el jesuitismo con porfiado y singular empeño.

Unióse por entonces á la parroquia de Santa María la parroquia de San Andrés para dilatar los establecimientos de la comunidad y ensancharlos grandemente. La causa ocasional de refundicion entre estos dos templos merece contarse, porque muestra muy á las claras el ser y estado de la Iglesia en aquellos tiempos. Visitaba el Vicario apostólico, inspector de todos los templos sitos en Roma, el barrio donde San Andrés se levantaba, y encontró desamparado de curas-párrocos y regido anticánónica y aun sacrílegamente por una débil mujer, sabido lo cual con mucho escándalo por Paulo III, entrególo á merced y arbitrio de los jesuitas. Por el mismo tiempo se fundó la casa y colegio de Padua. Ido allí Lainez por encargo del Pontífice, topó con el prior de la Trinidad, ilustre por su sangre y por sus letras, quien, pa-

gado de cuanto escuchaba y veía en el célebre jesuita, quiso proveer á su establecimiento allí, donándoles el priorato de la Magdalena, perteneciente á la órden teutónica y al electorado de Brandeburgo antes de su conocida conversion al Protestantismo. Disputóles con mucha porfía el patriciado veneciano tan rica prebenda, pero no se desanimaron por ello los tenaces jesuitas. Presentados Lainez y Salmeron á la patricia cámara, conocida con el nombre de Senado; como su pobreza y humildad contrastaran con la soberbia y lujo de tan rico cuerpo, recibieronlos á carcajadas; hasta que oyéndolos y maravillados de su altísima elocuencia y de su profunda doctrina, vinieron en darles por unanimidad casi todo cuanto demandaran. Es verdad que perseguidos los jesuitas por la repugnancia invencible de todos los estados laicos á su teocrático instituto, fueron objeto de inquisiciones y exámenes á cuyo término triunfaron definitivamente, con aquel desmedido influjo que les daba su organizacion poderosa. Tambien Flandes les vió entrar en sus dominios expulsados de Francia por las guerras entre Francisco I y Cárlos V, pudiendo decirse que desde aquella misma fecha quedó la universidad de Lovaina por completo adscrita y por siempre á su increíble ascendiente.

Encontraban los jesuitas para la perfeccion y establecimiento de su órden, ya tan medrada, invencible obstáculo en la primera bula de confirmacion. Temerario Paulo III, en la prudencia propia del poder público, temeroso de todas aquellas novedades, tasó la extension de la Compañía y limitó mucho el número de los que facultaba para inscribirse y alistarse en sus filas. Y las puertas de aquel bastion formidable de la Iglesia católica veíanse golpeadas por la multitud de fieles idos á tan gran presidio para sumarse á tan militante y valerosa guarnicion. Tanto insistió Ignacio al ver acercarse las gentes en tropel, que Paulo IV, por bula expedida en la cuaresma del año 1543, rompió todos los obstáculos, franqueando de par en par las puertas de la Compañía formidable á todos los hombres. Libre de sus ligaduras, salida de su infancia, escapada por su esfuerzo y habilidad á la estrecha limitacion que los rescriptos pontificios le pusieran, la Compañía se agrandó y extendió en modo tal, que bien pudo desde aquella sazón dominar la conciencia y la voluntad del mundo católico, y tener á su merced y arbitrio la Iglesia y el Estado. En bien pocos años aquel humilde instituto, germinado en la

cabeza de un hombre á quien las universidades de Alcalá y Salamanca tuvieron por demente, se agrandó y extendió al extremo de cubrir con su sombra toda la tierra dominada por el Pontificado y extenderse hasta en las nuevas regiones que poblaron por aquel entonces la soledad de los mares. Conviene saber cuáles fueron los poderes políticos y las circunstancias históricas que cooperaron al desarrollo y crecimiento de la Compañía.